

Necesitamos una cultura gaiana

JORGE RIECHMANN

Si es que queda algo más que desechos y detritus. Anotaba José Jiménez Lozano hace años, a propósito de la cultura europea, en Los cuadernos de letra pequeña: «Primero hablemos, muy en serio y muy despacio, de Auschwitz y Gulag, y sus entornos culturales, y luego hablamos de cultura, si es que, después de aquello, queda algo más que desechos y detritus de ella». Es un buen criterio, que deberíamos actualizar en una situación histórica que aún se ha ensombrecido mucho más: hablemos muy en serio y muy despacio de caos climático, de Sexta Gran Extinción, del Mediterráneo como cementerio marino, del ecocidio más genocidio que estamos organizando, del carácter exterminista del capitalismo; y luego hablemos de cultura española y europea, y después también de poesía, si «queda algo más que desechos y detritus de ella».

Nihilismo insondable. Subraya el escritor alemán Reinhard Mohr que todos los esfuerzos por alcanzar los objetivos de protección del clima (esfuerzos mucho más serios y continuados en su país que en España, por insuficientes que resulten) «chocan una y otra vez con la realidad de una sociedad industrial, de servicios y de consumo altamente compleja», donde los intereses no pueden armonizarse de la noche a la mañana. Y concluye: «Por cínico que parezca, hasta dentro de varias décadas no se sabrá si se puede hacer lo bastante para evitar que el clima evolucione hacia la catástrofe». En realidad el adjetivo adecuado no es cínico, sino nihilista. No acabamos de calibrar la profundidad del nihilismo de la cultura dominante, antes dispuesta a la inhabitabilidad de la Tierra y la extinción de la especie humana que a cuestionar el capitalismo.

Sería triste que desapareciéramos como especie. Preguntan a la astrónoma Priyamvada Natarajan a qué tiene miedo una cosmóloga como ella, y la científica de origen hindú responde: «No tengo miedo a ningún fenómeno cósmico. Temo el cambio climático y el hecho de que, a pesar de que vamos entendiendo lo que le estamos haciendo al planeta, no movemos un dedo para revertirlo. Estamos paralizados. Siento mucha decepción con Estados Unidos. No sé cuántas catástrofes hacen falta para que actuemos. No me gustaría que desapareciéramos como especie». Claro, amiga, a quién le gustaría: pero vamos encaminados hacia ello (¿3, 4, 5°C por encima de las temperaturas preindustriales?). No deberíamos temer a nada más que a nosotros mismos, pero ni siquiera nos atrevemos a mirarnos en el espejo... Da igual que seamos *Homo sapiens* con capacidad de raciocinio. A efectos sistémicos, nos comportamos con la inteligencia de una ameba (la Gran Ameba de Nate Hagens). Esto ha hecho de nosotros el capitalismo.

Historia de nuestras izquierdas en los dos últimos siglos. Absortos en los importantes debates sobre si socializábamos o no los principales medios de producción, se nos olvidó la cuestión esencial: cómo habitar la Tierra.

Fractura metabólica y extralimitación. Con la revolución industrial capitalista, *fractura metabólica* (en el intercambio de estas sociedades con la naturaleza) y puesta en marcha de un dispositivo fosilista de crecimiento que conduce inexorablemente a la *extralimitación* (*overshoot*). Estas son las dos cuestiones clave para nuestra «trampa del progreso» (Ronald Wright), las dos nociones básicas para explicar en el plano material el ecocidio (sin entrar en el complejo asunto de los valores y cosmovisiones).

Cuatro años. Supongamos que llenamos el depósito de un automóvil con cuarenta litros de gasolina (más o menos equivalentes a cuarenta de petróleo), dispuestos a quemar kilómetros, como tanta gente hace por simple aburrimiento. Pues bien, la energía que contiene ese precioso líquido equivale casi a cuatro años de trabajo físico humano, en semanas laborales de cinco días. (Un barril de petróleo, 159 litros, equivale a 1.700 kWh, y una jornada de trabajo pone en juego 0,6 kWh de energía metabólica.) El ensayista Nate Hagens llama a menudo, con

razón, la atención sobre la abundancia energética casi inimaginable (e irrepitable) sobre la cual hemos construido nuestras muy frágiles sociedades.

Se podría decir también de esta manera: la gran mayoría de los recursos sobre los cuales hemos construido nuestro Progreso no tienen que ver con la inteligencia, sino con la fuerza bruta (energética). Y la inteligencia no nos da ni siquiera para percatarnos de ello, y asumir las (duras) consecuencias de esta Trampa del Progreso.

VII Ecofeminismo de subsistencia. «Muchos son los problemas / Una la solución: // Economía Mapuche de Subsistencia», reza unos versos del poeta chileno Nicanor Parra. Pero no hemos hecho el menor caso a las personas sabias que nos han señalado caminos practicables de ecosofía decrecentista. También Maria Mies y Vandana Shiva apuntan a eso: de forma sustentable, podríamos estabilizar economías de subsistencia modernizadas, con energías renovables y tecnologías intermedias... pero no las economías industriales hipertecnológicas que parecen el único horizonte posible a la cultura dominante.

VIII Nadie quiere oír hablar de campesinización. El sentido común dominante da por sentado que el trabajo se convertirá en una suerte de bien escaso, y que el problema será la inexistencia de demanda solvente para consumir lo que produzcan los robots. Y sin embargo será menester trabajar cada vez más a medida que avancemos en el descenso energético (el pico del petróleo crudo de mejor calidad se alcanzó hacia 2005, y probablemente ya estamos en el pico de todas las clases de petróleo y sucedáneos del mismo). Ciertamente, eliminar producciones superfluas puede ayudar a restablecer un equilibrio; y en cualquier caso necesitamos repartir el empleo y redistribuir los tiempos (de trabajo, de cuidado, de ocio, de participación sociopolítica) como un proyecto de sociedad. Pero eso no cambia el fondo del problema... Las sociedades agrarias preindustriales destinaban alrededor de un 80% de su fuerza de trabajo a la producción de alimentos; no cabe asegurar que un escenario de descenso energético vaya a dar en una relación muy diferente. Emilio Santiago Muíño, a partir de su intenso y extenso análisis de la experiencia cubana en el «período especial», estima que una sociedad industrial que tuviese que abandonar bruscamente la agricultura industrial petrodependiente y realizar una transición agroecológica que prescindiera de combustibles fósiles debería dedicar un 60% de su población activa a la producción de alimentos (y contar con suficientes animales de labor, cabe suponer).

IX Nuestro extravío. El concepto clave no es «electromovilidad»: es menos movilidad. No es «turismo sostenible»: es menos turismo. No es «economía verde»: es contracción económica de emergencia. No es «desarrollo sostenible», sino decrecimiento.

X Todos en la Resistencia. Mary Beard pregunta a veces a sus estudiantes: «Si hubieseis vivido en la Francia ocupada por los nazis, ¿qué hubierais hecho?». Todos contestan: formar parte de la Resistencia, claro. Pero nada de eso, basta repasar las estadísticas: hubieran sido indiferentes o colaboracionistas. «Y eso no nos convierte en peores seres humanos», observa la profesora especialista en el mundo clásico grecorromano. Necesitamos la libertad de esa mirada compasiva y necesitamos también no engañarnos a nosotros mismos. Ni olvidar que esa parte vil —la que nos empuja a la comodidad de ser peores personas— está ahí, y que hay que hacer algo con ella: tanto a escala social —buenas instituciones— como personal —conversión—. Suelo aunar esas dos escalas en el término «autoconstrucción»: una tarea humana irrenunciable. Y menos que nunca en el Siglo de la Gran Prueba.

XI Aspiraciones. Yo aspiraba a evitar el ecocidio y a lograr la iluminación. Ahí estaba, comprometido con valores ecologistas y leyendo los textos del budismo zen a mis dieciocho, veinte años. Se comprenderá que, habiendo fracasado en esos objetivos importantes, las metas secundarias —del tipo: escribir una Obra Maestra literaria o llegar a ser catedrático universitario— me resulten indiferentes...

He visto —con horror, desde hace años— lo que venía. No hacía falta ninguna dote adivinatoria: sólo estudiar un poco y atreverse a creernos lo que sabemos. Pero preferimos la denegación: nos salvará la minería de asteroides... Si no se cuestiona el capitalismo, lo que queda es geoingeniería y poner velas a la Virgen para que ocurran milagros tecnológicos. Ay, compañeros y compañeras, qué monumental desastre.

XII **Fracasando, que es gerundio.** Los movimientos ecologistas han luchado durante más de medio siglo para evitar que sucediese lo que está sucediendo, para evitar que llegásemos donde ahora nos hallamos: el calentamiento global en camino de convertirse en hecatombe climática, el agotamiento de los recursos minerales (comenzando por el petróleo), la destrucción masiva de ecosistemas, suelo fértil, especies, poblaciones y seres vivos; la degradación, el empobrecimiento y el envenenamiento de la biosfera. Han luchado no por salvar el planeta (Gaia cuida de sí misma) sino para preservar las opciones de vida buena (para los seres humanos y las demás criaturas), y para evitar el ecocidio. Y los movimientos ecologistas han fracasado, hemos fracasado en esa lucha. El ecocidio (que va de la mano del genocidio humano) está consumándose. Hemos de partir de la constatación de ese fracaso: todo se hizo para intentar evitar lo que está sucediendo, que era perfectamente previsible hace medio siglo. Y ese fracaso tiene consecuencias catastróficas, no para los movimientos, sino para los seres humanos y para el conjunto de la vida en la Tierra.

XIII **Anticapitalistas, como es obvio.** El ecologismo (el ecologismo consecuente, no el ambientalismo banal) cuestiona los supuestos básicos de la sociedad en que nos encontramos: el antropocentrismo, el extractivismo, el consumismo, el productivismo, la mercantilización expansiva, la cultura de la competitividad, la tecnolatría, la *hybris* humana... Es el más contracultural de los movimientos sociales realmente existentes, cuando es consecuente. Por eso, también el más anticapitalista de estos movimientos.

Salvarse exigiría dejar de pensar en términos de compatibilidad con el capitalismo y hacerlo considerando la compatibilidad con la biosfera. Necesitamos una cultura gaiana. Algo que, por desgracia, parece quedar completamente fuera de nuestro horizonte.